

## **Misa y Te Deum por el 488 Aniversario de Fundación de Lima (18-01-23)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo  
(Transcripción)

Las lecturas que la Liturgia tenía previstos para este día coinciden, felizmente, con este 488 aniversario de la ciudad capital, porque podrían orientarnos en nuestra vocación y misión en las circunstancias en la que estamos, dejándonos llevar por los principios que el Señor siempre para orientarnos, con su sabiduría, en cada una de sus palabras expresadas en la Liturgia.

Primero, se nos habla de un personaje llamado Melquisedec, (“melk” significa “rey” y “sedec” significa “sacerdote”), que es presentado como rey de Salem. Salem fue la antigua capital de las tribus jebuseas (que fueron conquistadas, después, por David), y la capital después se llamó *Jerusalén*, que significa “la ciudad reiteradamente de la paz”. Y, por tanto, a Melquisedec se le llama “rey de Salem” porque es el rey de la paz (Jerusalén, la ciudad de la paz, es también la ciudad del rey de la paz).

A Lima, en cambio, se le llamó “Ciudad de los Reyes” por ser enero el mes de la “Bajada de los Reyes”, mes en que Pizarro, De Almagro y De Luque, encontraron propicio este valle para la capital. Y, así, asemejaban a los tres Magos de oriente (aunque también se decía que fue dedicada a los reyes de España). De todos modos, el texto de hoy (Heb 7, 1-3. 15-17), nos habla de Salem como “la ciudad de la paz”. Lima, no lleva ese nombre, pero deriva de una palabra fundamental que es “una vía para

la paz”. “Rímac”, como “apu-rímac” (“el Dios que habla), también significa, entonces, “hablar”.

Lima sería la “ciudad de la paz” porque es la “ciudad del diálogo”, de conversar, de entender las cosas. Por eso, Chabuca Granda dice: “Déjame *que te cuente* limeño”. Los limeños nos contamos las cosas y tenemos que reflexionar sobre ello para sacar adelante a nuestra ciudad al servicio de todos.

Volviéndo a Melquisedec, vemos, entonces, que es un rey un poco especial, es un rey-sacerdote, una especie de laico y religioso a la vez. Deriva, algo así como de dos ramas de la historia de Israel: los sacerdotes y los reyes. Por eso, es una persona que ofrece, comparte y entrega un obsequio, una ofrenda (en este caso, ofreció pan y vino a Dios), pero lo ofreció para mostrar y alentar, con este ofrecimiento, el gesto que había realizado Abraham. Abraham había participado en una batalla contra el rey de Sodoma, y hubo cuatro batallas antes que esa, en donde no estuvo él, pero sí fue afectada su familia. Él tuvo que guerrear con el rey de Sodoma para rescatar a su familia, pero tuvo un gesto muy bonito: al terminar, al ganar la batalla, el rey de Sodoma le dice: “Llévate todas mis propiedades porque has ganado, y llévate también a tus parientes”. Y Abraham le dice: “me llevo a mis parientes, pero de ti no tocaré un solo bien porque te pertenecen”. Este sentido de consideración y de paz le hizo ver a ese personaje, Melquisedec (que aparece en el medio, un poco misteriosamente), que debía reiterar la bendición para Abraham porque ese es el modo de ir irradiando la paz en el mundo. Puede haber una justicia determinada, pero no puede ser extrema y, entonces, se bendice porque se llega a un

acuerdo que permite a las relaciones humanas ir para adelante.

Melquisedec lo bendice, entonces, por este hecho que ha ocurrido y que, como hecho, es el anuncio de cómo los humanos (en este caso, Abraham), hemos de vivir la vida siempre en función de la voluntad de Dios de pacificar a la humanidad.

Por eso, en la Carta a los Hebreos, se muestra a Melquisedec bendiciendo y se retoma unas palabras que Dios mismo le había dicho a Abraham: *“Bendeciré a quien te bendiga, y en ti serán bendecidos todos los pueblos de la Tierra”*. En ese sentido, se subraya cómo Melquisedec, en señal de agradecimiento por haber actuado benditamente, entonces, le ofrece este pan y este vino. Y, también, en contraparte, Abraham entrega el primer diezmo de la historia. Como diciendo: “por esta bendición que me has dado, yo también quiero contribuir con algo en favor de la fe”.

Hay algo más importante en esto: el rey sacerdote Melquisedec, que es presentado como un hombre sencillo en la Carta a los Hebreos, no tiene, podríamos decir, “pedigree”, “sin padre, ni madre, ni genealogía.” Subraya la Carta a los Hebreos que no se menciona *“el principio de sus días ni el fin de su vida.”* Por una parte, tiene características de eterno y, por otra parte, se habla de que no tiene ni padre ni madre (o como diríamos en criollo limeño: “ni padre ni madre, ni perro que lo ladre”).

Y esta actitud es importante, porque, entonces, es hijo del Dios Altísimo, y simultáneamente, porque es una persona sencilla, y eso lo hace sacerdote eterno: venir de Dios y, simultáneamente, ser “uno de tantos”.

Por esa sencillez que tiene, se ve claramente que la gran promesa que hizo Dios a David (de que de él nacería el hijo del Dios Altísimo, de su estirpe), se da, justamente, por la sencillez de David. David era el último de los hermanos, inclusive, recordemos que Samuel, cuando lo va a ungir, le pregunta a Jesé (su papá): “*¿No te quedan ya más muchachos?*” ¿Por qué?, porque era el último, estaba “comprando el pan”, como decimos con los pequeños. Estaba en una realidad de margen y, sin embargo, de él sale el Rey de Israel, y también de esa estirpe saldrá su descendencia, de una descendencia de personas sencillas. Este sacerdote y rey nuevo llamado Melquisedec, finalmente, es la figura de Jesús, el Hijo de Dios.

Por eso, ahora, prestemos atención a cómo se comporta Jesús como rey y Sacerdote Eterno. Lo vemos en el texto del Evangelio (Mc 3, 1-6) afrontando la vida de una persona que tiene la mano paralizada. En la sinagoga imperaba lo que la Carta a los Hebreos llama “la ley carnal”. La ley carnal es una ley en la cual todo se hace por interés, pero se le reviste, en cierto modo, de “divino”. Eso pasaba en tiempos de Jesús: revestir leyes carnales de leyes divinas. Por eso, es importante que, si bien es cierto que la ley carnal se necesita, siempre es incompleta, porque tiene que abrirse a las dimensiones divinas, pero no encubrirse de “divina”.

Y, para eso, entonces, Jesús, que quiere superar esas costumbres, esa manera de pensar, hace una cosa genial: Primero, **pone en el centro de la sinagoga a este pobre hombre**, y esto es muy importante para todos nosotros y, especialmente, nuestra ciudad de Lima. Qué bonito que en estos días hemos escuchado las palabras: “al servicio de los cerros”, porque tenemos que ponernos al servicio de las personas humanas concretas y, especialmente, de las que más

sufren. Jesús descentra a quien cree que lo importante es la ley y no la persona. Por eso, usa de su autoridad para cambiarnos el centro de atención y ayudarnos. Pero, en segundo lugar, **Jesús pregunta, interpela, nos hace pensar y ponderar.** En efecto, la ley en el mundo religioso hebreo era prohibitiva en muchas cosas que eran necesidades verdaderamente humanas, especialmente, en los días festivos (era muy duro).

El día sábado, por ejemplo, no se podía salir de casa porque era día de Dios; el día sábado, si había en la puerta de mi casa una persona muriéndose, no se debería auxiliar, porque sería cosa de Dios que se muriera ese día y no tenía que salir a auxiliarla; el día del sábado no se podía ir al baño, había que esperarse hasta el día siguiente. Por eso, el día sábado se convirtió en una especie de idolatría que Jesús rechaza porque ni Dios mandó (ni el Dios del Antiguo Testamento), fueron cosas construidas como leyes por quienes estaban dedicados a eso. Y, en este caso, debemos decirlo con tristeza, eran los sacerdotes del templo de Jerusalén quienes construyeron esas leyes, pero, simultáneamente, no tuvieron en cuenta a la persona humana.

Y la pregunta de Jesús, entonces, se vuelve decisiva: “*¿Qué está permitido hacer en sábado?, ¿hacer lo bueno o hacer lo malo?, ¿salvarle la vida a este hombre o dejarlo morir?*” Traduciendo: ¿qué permiten las llamadas leyes divinas, la muerte o la vida de las personas? Debían permitir la vida, pero los que escuchan (en este caso, que están en la Sinagoga), callan. Y, ¿por qué callan? Porque, seguramente, tienen de algún modo participación en el establecimiento de esas las leyes que le dan conveniencia y no quieren mostrarlo. Al contrario, las disfrazan de “divinas” con la intención de sacar

propia ventaja y lavarse las manos si sucede cualquier cosa seria.

También los amigos de los legisladores callan, porque están asistidos por una costumbre de insensibilidad que se propaga, una ceguera. Ellos saben la respuesta, pero prefieren que se siga quitando la vida por medio de la ley, convirtiéndose prácticamente en cómplices. Callan también para esconder su propio interés como prioritario. Por eso, la religión y el sistema legal que existió en tiempos de Jesús, era una forma legal de ser arbitrariedades, olvidándose de los males ajenos y del interés común. Y así, manchando a la divinidad también, porque eran leyes inhumanas e “in-divinas”.

Jesús, en cambio, ve el problema de fondo, salta la trama y llama al hombre de la mano paralizada a extender su mano, y el hombre queda curado. Jesús, sabemos, morirá en la Cruz a causa de enrostrarnos nuestras complicidades, pero comenzará con Él, el tiempo de la interpelación profunda y de la salvación, que nos permite salir de nuestras mezquindades, costumbres malsanas y desarrollar todo lo que valemos todos, especialmente, los más debilitados. Jesús es el Sacerdote Eterno que ofrece su Cuerpo y su Sangre para alimentar nuestra capacidad de amar, de servir, de crear y de imaginar soluciones, inclusive, en los momentos más difíciles.

Por eso, concluyamos con una frase de Jesús y unas palabras del Santo Padre que, hace cinco años llegó a Lima, a transmitirnos su mensaje y fortalecer nuestra esperanza:

Primero, cuando Jesús llora por Jerusalén, llora por la ciudad santa, por la “ciudad de la paz”: *“¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina*

*reúne a sus pollitos bajo sus alas... ¡y no has querido!*". Costó mucho a Jerusalén darse cuenta de que era necesario un estilo de vida que no fuera tan legalista y que podría tratar de abrirse como "una gallina reúne a sus pollitos". Qué difícil y qué fuerte esto, a todos nos interpela y nos llama. Siempre me ha parecido una cosa curiosa que Jesús tenga esa valentía de compararse con una gallina. Yo no sé cuántos varones estaríamos dispuestos a compararnos con una gallina. Jesús no tiene miedo, Jesús sabe que las dimensiones maternas son fundamentales para vivir.

Por eso, podemos pensar en nuestra ciudad también como una ciudad de la paz si retomamos lo que hablábamos al inicio: si conversamos, si hablamos, si tratamos. Si tratamos yendo a conclusiones adecuadas que nos permitan que, con el sinfín de interlocutores que tenemos hoy, podamos intentar formas distintas de reorganizar nuestra vida como ciudad al servicio de todos. Son desafíos que se presentan cada cierto tiempo, porque son desafíos históricos y son distintos cada vez y, a la vez, similares.

Quiero recordar que, en época inicial, tanto con el arzobispo Loayza como con Toribio de Mogrovejo, santo, la ciudad quiso adaptar un rostro misionero, un rostro de salida que es el que el Papa Francisco ha tomado como ejemplo para irradiarlo en todo el mundo. Lima era una capital en donde había mucho convento, mucho cura, pero de aquí comenzaron a salir las misiones a todas partes del mundo, tanto que el propio Papa Francisco, agradece a Lima el haber enviado a Alonso de Barzana, por quien Buenos Aires se convirtió.

Hace cinco años, el Santo Padre, entonces, al visitarnos, nos dijo que habíamos de fortalecer nuestra esperanza, y puso dos puntos esenciales:

El primero, el asunto de la corrupción. “Trabajar unidos para defender la esperanza exige estar muy atentos a esa otra forma -muchas veces sutil- de degradación ambiental que contamina progresivamente todo el entramado vital: la corrupción. Cuánto mal le hace a nuestros pueblos latinoamericanos y a las democracias de este bendito continente ese “virus” social, un fenómeno que lo infecta todo, siendo los pobres y la madre tierra los más perjudicados. Lo que se haga para luchar contra este flagelo social merece la mayor de las ponderaciones y ayudas... y esta lucha nos compete a todos. “Unidos para defender la esperanza”, implica mayor cultura de la transparencia entre entidades públicas, sector privado y sociedad civil. Nadie puede resultar ajeno a este proceso; la corrupción es evitable y exige el compromiso de todos.”

Y luego terminó con el tema de nuestra responsabilidad, diciendo:

“A quienes ocupan algún cargo de responsabilidad, sea en el área que sea, los animo y exhorto a empeñarse en este sentido para brindarle, a su pueblo y a su tierra, la seguridad que nace de sentir que Perú es un espacio de esperanza y oportunidad... pero para todos y no para unos pocos; para que todo peruano, toda peruana pueda sentir que este país es suyo, en el que puede establecer relaciones de fraternidad y equidad con su prójimo y ayudar al otro cuando lo necesita; una tierra en la que pueda hacer realidad su propio futuro. Y así forjar un Perú que tenga espacio para «todas las sangres», en el que pueda realizarse «la promesa de la vida peruana»”.

Limeños y limeñas, señor alcalde, señora presidenta, señor presidente del congreso: ¡Feliz día de Lima! Y que podamos, todavía, mucho tiempo, realizar nuestra vocación y misión.

